

Misa crismal 2023

Jueves sacerdotal, misa crismal, renovación de las promesas sacerdotales, misa de la cena del Señor. Son los distintos ropajes y formas para darle expresión humana a experiencias hondas que nos trascienden. Pero la música de fondo tiene un nombre: Jesús. Su evangelio no adorna lo que vivimos, sino es el que le da consistencia y sentido. Desde esa historia que conocemos a cuentagotas entramos en el camino y la figura de aquel a quien seguimos, de aquel en quien vivimos nos movemos y existimos. Jesús, el hijo de Dios que paradójicamente se ha hecho carne, tomado la condición de esclavo y viviendo como uno de tantos para que todos sin excepción experimentemos la ternura del padre; y que nosotros, muchas veces y empecinadamente tratamos de ponerlo en un trono, nubes o códigos; tan distante de las realidades de todos los días que el mismo quiso compartir y sanar.

Me hace bien pensar en la vida oculta de Jesús, en su vida familiar, en el trabajo de cada día, en el aprendizaje de la mano de José a quien no le decía San José, o castísimo esposo sino “Abba -papito querido” y de la Virgen María a quien no le decía, Madre del verbo eterno, ni torre de marfil, sino simplemente “Imma - mami”. El bueno pensar que como verdadero hombre no vivía un libreto que Dios le había dado, sino que su conciencia mesiánica fue creciendo con él y en el andar de la vida pueblerina de Nazaret. Vida que tuvo ese momento previsto por Dios, como todos nosotros en la que, el corazón le empieza a hacer ruido y a inquietarse buscando conectarse con su deseo profundo. Esa pregunta empezó a resonar con fuerza en lo más íntimo de su corazón; esa misma pregunta que cada necesita hacerse en algún momento de la vida, y de la que depende las decisiones más cruciales: ¿Quién soy?... ¿Para qué he nacido?... ¿Qué sentido quiero que tenga lo que tengo por vivir?

Seguramente las palabras enérgicas del bautizador anunciando la llegada del Mesías, lo habían hecho vibrar. Entonces, experimenta la presencia de Dios de un modo más claro y lo que ha estado aprendiendo, lo que le han enseñado y lo que él mismo ha ido captando acerca de Dios lo siente confirmado.

No solo experimenta la presencia amorosa de Dios, sino que experimenta, cómo Dios mismo le da la respuesta a su pregunta: "Tú eres mi Hijo querido, mi predilecto". El Jordán, es el momento fundante de su vocación: para Dios es El Hijo Amado. A partir de esto, quiere vivir siempre siendo Hijo amado, que ama a su Padre y amando lo que su Padre ama. Quiere dejarse apasionar por lo que le apasiona al Padre: la vida de la creación, la vida digna de la humanidad a la que con tanto cariño ha creado. Desde entonces, todo lo que Jesús es y todo lo que hace, lo vive como Hijo del Padre misericordioso. De tal palo tal astilla.

Cuando cada uno encuentra la respuesta, y la fundamenta no en sí mismo, sino en lo que Dios pronuncia, entonces la vida adquiere sentido y se convierte en una historia apasionada. No importa que haya crisis que descoloquen, no importa que por momentos las tormentas nos hagan perder un poco el rumbo : sé quién soy, cual es mi vocación. Después vendrá la lucha

del desierto apagando otras voces, pero llega ese día en la cual se le puede poner verbo, sustantivo y adjetivo al sentimiento y decirlo sin miedo para comprometer la vida en ese proyecto. Para Jesús fue la sinagoga de Nazaret, en su pueblo, como nosotros alguna vez en nuestro barrio en nuestra casa, con los más cercanos; donde le puso voz al corazón.

Jesús se siente «ungido por el Espíritu» de un Dios que se preocupa de los que sufren, queriendo derramar su amor a los pobres y desvalidos. Es ese Espíritu el que lo empuja a entregar su existencia entera a liberar, aliviar, sanar, perdonar: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor»

Estas palabras llenas de fuego, de pasión tienen la fuerza de la primera declaración pública de amor. Este soy, esto quiero y por esto me juego. Y ahí nomás se puso en camino a buscar a los desamparados de su tierra con el gozo de que la mano de Dios estaba sobre él, como lo está sobre todo aquel que busca la verdad y hace el bien. Y estas palabras en la sinagoga de Nazaret no quedarán en el olvido, seguirán siempre vivas porque forman parte de su primer amor. Ese primer amor del que se seguirá enamorando en los rostros de los leprosos, ciegos, pecadores, hambrientos, solos y desamparados. Palabras que tendrá que volver a rumiar cuando la realidad se le ponga en contra y la crisis le golpee el corazón y sienta que dicen que está loco, que es un blasfemo, un subversivo y hasta hijo del mismo demonio.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido”.

Una y otra vez las tendrá que volver a acariciar con el corazón porque son las que forjan su identidad que no es una pose sino una manera de pararse en la vida

El camino vocacional de Jesús, “iniciador y consumidor de nuestra fe”, , en mayor o en menor medida es el nuestro, habernos sentido amados por el Padre, llamados por él para hacernos cargo de su proyecto de Reino, su herencia.

Sin embargo, la ilusión de una vida lineal se desvanece y aparecen los miedos que claman acomodar la vida con otras seguridades, de lugar, de poder, de doctrina de formas; con el riesgo de perder ese estupor inicial y vivir la fidelidad de la repetición sin riesgo. El mundo no es el mismo, la gente no es la misma, nuestra palabra no tiene la misma fuerza que antes. A veces sin querer, sin culpa moral, nos habituamos a identificar nuestro quehacer cotidiano como sacerdotes con ciertos ritos, con reuniones y charlas donde el lugar que ocupamos es el del que preside y no el del que sirve. Y eso ya no dice nada o le dice a muy pocos y nos pone fuera de la vida. El cansancio nos desgasta. Aunque quisiéramos no podemos quedarnos en las tres carpas del Tabor; tenemos que bajar a Jerusalén donde nos espera lo desconocido, lo difícil, donde está la traición de mismo pueblo que antes nos aclamaba, donde la pregunta de Pilato “sos vos” o la de la sirvienta a Pedro “sos de los suyos” nos da miedo y pone en crisis nuestra identidad.

Frente a esta realidad, Nazaret se presenta como camino para afrontar la crisis, para renovarnos como pastores como discípulos, como misioneros, pero sobre todo como hijos muy queridos y ungidos. Quizás necesitamos salir de los

lugares importantes, solemnes; para volver a los lugares donde fuimos llamados, donde era evidente que la iniciativa y el poder eran de Dios. Se trata de volver una y otra vez al primer amor y dejarnos recrear desde adentro. No hay peor tentación de la de pensar que ya está dicha la última palabra sobre mí, sobre mi presente y sobre todos sobre mi futuro. Caminamos con la certeza en el corazón de ser amados elegidos y ungidos; caminamos detrás de la promesa de que vale la pena entregar la vida por el Reino y que eso nuestro gozo más grande y el motivo más profundo de nuestra alegría sacerdotal

Renovar hoy las promesas no es la firma de un plazo fijo con pobres intereses, es volver al primer amor con estupor y abiertos a la novedad, no inocentemente sino con la madurez, la carga, el amor y a veces el dolor de los años transcurridos, lo que hoy somos para ser abrazados nuevamente y renovados por el amor de Padre. Volvamos al primer amor para nuestro cansancio sea el cansancio por haber estado pescando toda la noche, por hacer caminado la mies sanando, liberando, curando, dando de comer y de beber.

Tomen y coman es la palabra que cada día repetimos en la persona de Cristo en el altar del templo, que podamos decirla con profundo gozo de nosotros mismos en el altar de la vida: Tomen y coman, aquí estoy esta es mi vida que se entrega por ustedes. Que nuestros laicos y jóvenes descubran que lo decimos de Jesús y lo decimos de nosotros, que nos dejemos “tomar y comer”, y que eso los lleve a preguntarse por el seguimiento de Jesús, que puedan maravillarse por la alegría de un Tomen y coman hecho en a la entrega cotidiana no impuesta sino madurada y elegida en el silencio y el encuentro con Jesús.

Que en este día podamos volver al amor primero, con la certeza que Dios nos ama igual que en aquel momento y nunca, pero nunca, abandona la obra de sus manos.